

VIVIR CON RYAN GOSLING

—Juan Pardo Vidal—

*Si quieres escribir sobre seres humanos,
lo mejor que puedes tener en casa es un gato.
(Aldous Huxley)*

*Y es lo mismo, lo de siempre es lo mismo.
(Dellafuente)*

Para Laura, porque sin sus ideas este gato no sería un libro. Y para Martín y para Frida, porque eran mejores gatos que yo. Y para Lucía y para Nayra, porque son mejores escritoras que yo.

31 de julio

Cuando Ryan Gosling y yo vivíamos juntas no existían ni la soledad ni el silencio. O, al menos, no existían de la misma manera en la que hoy ambas sensaciones conviven en el salón de mi casa. Entonces, la soledad no tenía nada que ver con la gravedad ni con Newton, y mi casa no era, como es ahora, una estación orbital que vaga sin rumbo por el espacio exterior —igual que en el vacío, el sonido no se transmite desde que ella no está—. Cuando Ryan Gosling y yo vivíamos juntas, si nos sumabas éramos una pareja. Dos, para ser más exactos.

A las 4 de la tarde he llegado del trabajo, comienzo las vacaciones más tristes. No había nadie detrás de la puerta mientras colgaba el bolso en el perchero, porque Ryan Gosling se murió hace unos días y no ha podido escuchar el tintineo metálico de mis llaves al abrir la puerta del piso. En el portal he de sustituir la placa del buzón, la lámina de metacrilato en la que hice grabar: Sofía Villanueva, Ryan Gosling, 6ºB. Hoy, al entrar en casa, nadie se ha subido a mi falda con el rabo erizado como si estuviese alerta ante una amenaza. Menos mal que mañana no tengo que ir a trabajar porque no estoy de humor para ir a la oficina, hoy ha sido un día

muy largo. No me dieron una licencia de tres días por fallecimiento de un ser querido. El dolor por la muerte de una mascota parece ridículo si nunca lo has sufrido, pero es algo más serio de lo que se piensa —desgraciadamente muchos sabéis de qué sentimiento estoy hablando—. Cuando alguien de edad avanzada fallece, la muerte se acepta como algo natural, parece que duele menos que cuando el que muere es joven. Ryan Gosling era una gata muy joven para morir, en el mundo de los gatos cada año corresponde a ocho años humanos, aproximadamente. Así que, como Ryan tenía unos tres años, en realidad sólo era un poco mayor que yo.

Una gata birmana tan guapa como el actor canadiense, una gata huérfana de la señora Carmen, la vecina del 3ºB, la que falleció dejando dos sobrinos, una gatita y una pequeña fortuna en basura y cachivaches que recogía de los contenedores. Una gata que adopté sin dudarlo —entonces no debía de tener mucho más de tres meses y yo acababa de comenzar mis estudios en la universidad—. Le miré el sexo y parecía un macho, era tan guapo que lo llamé Ryan Gosling, en ese momento pensé que los dos se parecían. Ya habían pasado algunos meses cuando me enteré de que en realidad era una hembra. Para entonces ya me había acostumbrado tanto a su nombre que decidí no cambiárselo. Ahora me alegro de no haberlo hecho, creo que no soy hetero para los gatos.

No hay manera de dormir en esta cama vacía, no sé si porque hace demasiado calor o porque es insoportable el silencio, pita. Que alguien haga callar este silencio. Llevaba tanto tiempo durmiendo con el arrullo de su ronroneo que ahora, para no sentir su

ausencia, he pensado que me voy a echar un novio asmático, o un novio fumador, o ambas cosas a la vez, un novio que ronque ligeramente, que gorgotee mientras duerme con la boca entreabierta, aunque me dure poco tiempo y se muera, como Ryan Gosling que se ha muerto en el momento más inoportuno. Siempre es un momento inoportuno para morir, es difícil encontrar el momento exacto y, aunque seas una gata birmana, a la muerte le cuesta llegar a tiempo a tu entierro, por lo que, para no llegar tarde, tiene la fea costumbre de aparecer demasiado pronto. Nadie está preparado para esa visita, la muerte no presume de puntualidad británica.

Como no puedo conciliar el sueño porque esta semana no he tenido tiempo de buscar un candidato con problemas respiratorios, me he puesto a hacer una lista de palabras que empiezan por r-, las palabras que empiezan por erre dan sueño, son palabras bonitas, pero cansan.

Cosas que empiezan por erre:

—*Ryan Gosling.*

—*Razón.*

—*Ronroneo.*

—*Ratón.*

—*Rendirse.*

—*Rezar.*

—*Rectificar.*

—*Rumiar.*

Son palabras que aburren hasta a las ovejas. En las viñetas de los cómics deberían utilizar esa grafía para indicar que alguien duerme, Rrrrrrr, eso sería más fiel a la realidad que Zzzzzzz. Después de haber escrito unas cuantas palabras con erre, he añadido a la lista veinte palabras más, porque la erre es la letra más importante del alfabeto —y la más aburrida—, por eso es la décimo novena. En los cupones de la ONCE siempre compro uno que termine en 19, mi hombre ideal va a tener un diecinueve en algún sitio, eso lo sé yo.

He escrito con lápiz una lista de cosas que me gustan. Hacer listas de cosas no es de maniáticas, sino que es algo propio de gente ordenada. Mi caligrafía es más hermosa cuando escribo con lápiz. Cosas que me gustan:

—Las palabras que empiezan por r-.

—Los robots.

—Las listas.

—Mi letra.

—Las virutas de los lápices Staedtler Noris HB con franjas verticales amarillas y negras.

—Los lápices recién afilados si cuando terminas de afilarlos quedan todos igual de largos.

—Los sacapuntas metálicos y poner la lengua en la cuchilla de los sacapuntas —eso me produce una sensación parecida a la que me provocaría un pequeño calambre, una especie de sacudida metálica y eléctrica. Es algo que me gusta y que, a la vez, me desagrada.

Esas son las cosas más adictivas para mí, las que no sé si quiero o si no—.

A veces actúo de una manera mecánica. La que hace listas es una robot, yo no. Podría hacer una lista con las cosas que no quiero, cosas que odio o que me hacen daño, pero a lo mejor sería una lista interminable, pesada, insufrible. Y el hecho de que fuera una lista muy larga entraría en conflicto con la primera de las tres leyes de la robótica de Sofía Asimov:

—Ningún robot causará daño a Sofía, ni permitirá, por su inacción, que resulte dañada.

1 de agosto

Ryan no tenía más de tres meses cuando le compré un paquete de pelotas de pingpong para que jugase con ellas, nunca supe si fue consciente de que la pelota era un objeto inanimado, creo que sí, que lo sabía y que, aun así, no le importaba lo más mínimo, se comportaba como si creyera que se trataba de una presa. Se pasaba las horas muertas jugando a cazarlas, se agazapaba detrás de la cortina guateada del salón, las acechaba desde el sofá, no había lugar en la casa donde las pelotas y ella no hubieran discutido sobre las leyes de la física. Como un boxeador alternaba manotazos con la pata derecha y, acto seguido, con la izquierda, un croché, un jab, a mi padre le gustaba el boxeo. La pelota avanzaba por el pasillo en zigzag, Ryan entraba en una especie de frenesí, parecía sorprendida por el movimiento, aunque

fuera ella misma quien lo provocaba. A veces la pelota rebotaba en la pared y se metía debajo de un sillón, ella introducía la pata buscando el contacto con la pelota, la cabeza permanecía fuera porque no cabía debajo del sofá. Era muy estresante. A veces conseguía impactar sobre ella y ésta salía despedida. Otras veces era yo quien, harta de verla luchando contra lo imposible, sacaba la pelota de debajo del sofá ayudándome del palo de la escoba o, simplemente, le lanzaba otra de las muchas pelotas de ping-pong que había en el paquete que había comprado en la tienda de los chinos. ¿En qué momento dejamos de jugar? Un buen día Ryan empezó a no hacerle mucho caso a la pelota, ya no tenía ganas de saltar y brincar manoteando con las patas delanteras. En dos años Ryan Gosling se hizo mayor, una gata a menudo apática que no iba tras las pelotas de pingpong y que prefería, a cualquier otra actividad, dormitar en el sofá, en mi silla o en la ventana de la cocina mientras veía el tráfico y el bullicio de la gente en la calle. Se convirtió en la gata del visillo, una gata cotilla que se creía mi dueña y que se ponía celosa si me traía algún noviete a casa, les hacía fu y marcaba las esquinas de la casa con un olor asqueroso. Así que la esterilicé. Engordó y tuve que ponerla a plan, le compraba croquetas de salmón light. Ryan Gosling parecía una gata de recebo. Qué lejos quedaba de aquella gata sin grasa que protagonizó el diario de Noa y que me tenía enamorada cuando era un cachorro.

2 de agosto

Yo amaba a Ryan Gosling, aunque estuviera rellenita, era muy fan, le cambiaba la arena de la caja todos los días. A veces discutíamos por el tema de afilarse las uñas en las cortinas y ella dejaba de dirigirme el maullido porque le tiraba la zapatilla de paño a la cabeza, pero se le pasaba pronto y las reconciliaciones en el sofá eran muy cariñosas. Estos pequeños roces eran algo normal, cosas de la convivencia, ¿con quién te vas a enfadar sino con alguien que está muy cerca de ti? Yo no me enfado mucho, soy de naturaleza tranquila y si no suelo entrar en conflictos dialécticos es porque soy consciente de que terminaré haciendo lo que me dé la gana, así que para qué gastar energías. Graciela discute conmigo todo el tiempo, su mesa de trabajo está junto a la mía en la oficina, nos separa un biombo, una muralla que no es insalvable para ella, puede discutir haciendo pasar sus reproches por encima de la mampara o acercarse directamente a mi mesa para recriminarme cualquier asunto que, bajo su rubia opinión, es algo que yo debería haber solucionado. He aprendido que si quiero fastidiarla he de darle la razón y pedirle disculpas. Cuanto más sincera parezco, más la jodo. La amabilidad es un arma muy afilada. Graciela tiene una catapulta, con ella lanza andanadas de pullas ardiendo, reproches sobre lo corta que llevo la falda, o sobre los informes que no he elaborado, aterrizan sobre mi mesa desordenada y llena de papeles y la rayan, porque su lengua es muy afilada. Y si mi mesa está desordenada es porque mi trabajo es mucho más difícil que el suyo. Estoy segura de

que Albert Einstein era desordenado y, por eso, Graciela no lo es. Y yo sí. Y ella no.

Cosas con las que puedo fastidiar a Graciela:

—Ir un fin de semana a Ámsterdam y que, hasta el día antes de partir, lo sepa toda la oficina menos ella.

—Dejar ordenada mi mesa de trabajo antes de marcharme a casa.

—Pronunciar su nombre tras darle los buenos días. Buenos días, Graciela.

—Pedirle a José María que venga a recogerme a la oficina.

—Llevar en el bolso el libro que me estoy leyendo y sacarlo durante el desayuno mientras busco el monedero.

—Comentar el libro anterior de ese mismo autor.

—Olvidarme de Graciela.

3 de agosto

Ryan Gosling tenía cinco meses cuando lo llevé al veterinario por primera vez. Vino conmigo un chico con el que había empezado a salir, no era muy guapo, la verdad. Lo conocí en una barbacoa, nos presentó una amiga de Graciela, dijo que ambos teníamos en común el amor por los animales con mucho pelo, lo dijo con retintín porque sabía que aquel chico de barba poblada se hacía el láser en la espalda. Isaías —de ahora en adelante voy a llamar a mis antiguos novietes con nombres bíblicos para proteger su intimidad— tenía un hurón y yo tenía una gata, eso era un principio como podría serlo cualquier otro.

Semanas después, cuando empezábamos a vernos en secreto, —pues yo no estaba dispuesta a que nadie supiera que salía con un tío tan feo— lo hacíamos siempre en mi casa porque en la suya estaba el hurón, y todo el mundo sabe que los mustélidos están obsesionados con los agujeros y a mi me gusta dormir sin pijama. Además, su casa olía fatal, los hurones tienen unas glándulas odoríparas que usan para marcar su territorio, el olor es nauseabundo, es algo muy parecido al almizcle. La casa de Isaías estaba siempre desordenada, la coartada del hurón era perfecta, la peste y el desbarajuste eran fácilmente achacables a aquel bicho albino de ojos rojos como un conejo blanco, aunque yo sospechaba que él tenía la misma responsabilidad que el hurón.

Fuera de casa Isaías era el hombre perfecto, por eso era feo. Amable, servicial, muy alegre y amigo de pagar la cuenta, era hijo de una familia acomodada; a través de él conseguí un contrato de tres meses en una conocida entidad bancaria sustituyendo a una embarazada, algo que en principio me vino genial, así que el primer revolcón, Isaías, se lo ganó a pulso. Pero luego este enchufismo me pesó como una especie de deuda moral que me impedía terminar mi relación con él y tuve que esperar a que se incorporara la parturienta para cortar. Me sentía un poco pilingui —mi madre siempre usaba esa palabra—. Todo el mundo sabe que, excepto con Ryan, nunca he pasado más de cuatro meses con nadie. Con los hombres aguanto una estación. Normalmente espero al cambio, primavera-verano, otoño-invierno, para largar a los tíos. Intento llevar el mismo ritmo de novietes que las

colecciones de El Corte Inglés. Con José María es distinto, me peleo con él cada tres meses y luego hacemos un contrato nuevo.

Le pasé a Isaías el test. Un test que repito a los chicos en cuanto se acercan a los cuatro meses y el cambio meteorológico se palpa en el ambiente. Ninguno supera las preguntas y eso me deja campo abierto para darles carpetazo. Isaías sacó una puntuación muy baja, pero sin duda fue la respuesta a la sexta pregunta la que dio al traste con las pocas posibilidades que tenía de no terminar debajo de mi cama —se me olvidó comentar que bajo mi colchón, en el canapé de mi cama, escondo una docena de cajas que compré en un chino, tienen el tamaño de una caja de zapatos. Son los nichos, dentro de esas cajas guardo los objetos personales que olvidan mis ex en casa cuando terminamos la relación, los recuerdos, los regalos, todo lo que tiene que ver con ellos. No quiero que sigan paseando por mi casa como zombis, objetos no-muertos. Hasta la tarjeta donde se almacenan las fotos del móvil termina en el nicho. La sexta pregunta decía: ¿En qué animal te gustaría reencarnarte y por qué? Isaías respondió que en una cochinilla algodonosa, porque había diezgado ella sola las chumberas de la provincia, que, a su vez, eran seres muy fuertes que pinchan. Aseguró que las cochinillas eran, a la vez, duras y esponjosas, y que dentro de ellas tenían un líquido rojo que molaba mucho. Decía que los españoles, cuando llegaron a México, aprendieron a usarlas para tinter la ropa. Y yo no estaba dispuesta a pasar ni un minuto más con alguien que quería ser una cochinilla algodonosa. Que no. Primero porque me encantan los

chumbos, y segundo porque me dan asquillo los bichos. Isaías era una cochinilla esmirriada y más bien feucha, así que sus cosas fueron directas a un nicho en cuanto entró el invierno y a mí no me renovaron el contrato en aquel banco. Descanse en paz debajo de la cama.

4 de agosto

Estoy tan aburrida que estoy viendo el telediario. No ponen nada en la tele y nada de lo que veo en las redes sociales me interesa. Hay demasiadas noticias de política, la prueba de que los humanos y los políticos no pertenecen a la misma especie es que los humanos tienen días tontos y los políticos no, ellos sonríen continuamente como vendedores. En cambio nosotras, a veces, nos deprimimos, la tristeza entra en casa dando un puntapié y pone los pies encima de la mesa del salón. Después de eso no hay manera de echarla. A los políticos nunca les pasa, siempre tienen una sonrisa como respuesta, siempre son felices. Eso, o los echan del cargo, porque nadie le votaría a alguien que no pareciera feliz. Los tíos que parecen felices nos llaman mucho la atención, los tristes ponen, pero como reto, para sacarlos de su pesadumbre, y si no lo consigues, dejan de interesar. Todos los políticos son el mismo político, da igual cómo hayan dormido, si se han cabreado con su pareja, si se han pillado la uña de un dedo con la puerta o si su hijo adolescente los ha mandado a hacer puñetas, ellos siempre están

igual de amables, da lo mismo que sean de Podemos o del PP, ellos te regalan una sonrisa y te revuelven el pelo si eres un niño, qué raro.

He visto una peli de Ryan Gosling, no de mi Ryan, sino del otro, del actor. Ryan Gosling es el único hombre triste que me gusta. *Blade runner 2049* se llamaba la película, me va mucho ese rollo filosófico, y la música de Hans Zimmer como homenaje a Vangelis, me encanta. Cuando ha terminado estaba tan contenta que me han dado ganas de darle un beso en todos los morros a Enrique, sé que es gay, pero tenía ganas de besar a alguien. Porque si algo me pone muy contenta, me pone. Y claro, me entran ganas, no me guanto, qué peliculón. Ojalá Ryan, la gata, hubiera sido un replicante y ahora pudiera reconstruirla igualita que era, con idéntico ADN, sería real, naturalmente. Digo todo esto y parece que Ryan era la gata perfecta, pero no siempre fue así. Amar es aprender a convivir con lo que no nos gusta del otro. Ryan y yo teníamos nuestros días, había días que éramos la caña, todo lo que decíamos o maullábamos nos sentaba bien. En esos días yo encajaba los reproches de Gabriela como un boxeador que se hubiera protegido bien el hígado con el codo, sin embargo otros días, como hoy, mordía, no había quien me aguantara, todo me sentaba mal, puf, como si el universo se hubiera confabulado para fastidiarme precisamente a mí. Me ponía tan rabiosa que optaba por quedarme callada, esa es mi medida de seguridad, el silencio. Se me nota a un kilómetro la mala leche, no sé cómo puedo ser tan torpe disimulando el enfado. Y en esos momentos odio especialmente que me

pregunten, «¿qué te pasa, Sofía?». Pues nada, joder, qué coño me va a pasar, ¿acaso tengo cara de que me pase algo? —cuando en una conversación uso la palabra «acaso», ándate con ojo. Así de claro te lo digo—.

Cosas que has de saber sobre mí:

—Si uso la palabra "acaso", malo.

—Si hablo de mí en tercera persona, en plan "Sofía pasa de eso", malo.

—Si mi blusa te queda mejor que a mí, malo.

—Si bajo las cejas, arrugo la frente y pongo un poco de morros mientras me hablas, malo.

No siempre, pero a veces me gusta estar triste, he de reconocerlo. No es lo mismo estar triste que estar enfadada, son cosas muy parecidas y ambas me gustan, son estados creativos. Cuando estás triste, o enfadada, o ambas cosas, les mandas wasaps a las amigas y a los antiguos novietes que tenías abandonados, ordenas los armarios, limpias la casa, cosas que no sueles hacer normalmente. Estar triste es una cosa, y otra muy diferente es estar de mala leche, de uñas con el mundo. No son la misma cosa aunque la gente las confunda. Yo, por ejemplo, hoy estoy triste, y en absoluto estoy enfadada, hoy llevo todo el día sin hablar y me duelen las mandíbulas de no usarlas, si estuviera aquí Ryan hablaría con ella, es el ser vivo con quien más he hablado, ella nunca me interrumpía. No hablar es algo muy raro, pues cuanto menos hablas con los demás, más hablas contigo misma, y eso es realmente extraño porque conversas con alguien que tiene tu misma

voz y que reconoces como que eres tú. Es algo demencial y, aun así, no sólo no te importa, sino que ni siquiera te parece extraño. En esa conversación contigo misma, llegado el caso, te contradices o, incluso, te convences, puedes discutir o enfadarte contigo. Pensar es raro. A no ser que pienses en números, claro, eso es algo mucho más lógico. Escribir no es muy diferente de pensar, escribir es más de lo mismo.

5 de agosto

Dentro de tres semanas será mi cumpleaños. No sé si soy un membrillo o un caqui, a veces soy muy blanda y otras soy demasiado dura, tengo huesos por dentro. Septiembre está muy cerca, es el mes favorito de las frutas y de las chicas dulces. Cuando era una niña celebré muchos de mis cumpleaños ingresada en un hospital, mi deseo siempre era el mismo: marcharme de allí. Conocí a Mar en un hospital, la invité a mi fiesta de cumpleaños, habitación 411, las dos pedimos el mismo deseo, aunque sólo a una de las dos se le cumplió. Ella tenía un tumor en un riñón y estaba a la espera de un trasplante, pasábamos el día juntas, no estábamos mucho tiempo en nuestras habitaciones, las enfermeras nos regañaban por todas las plantas. Ahora me resulta muy extraño reconocer que aquellos fueron, a la vez, tiempos duros y hermosos, hacíamos listas de las peores enfermedades que se pueden sufrir. Años después, cuando ya éramos

adolescentes, mi salud mejoró y mis calificaciones empeoraron. Mar estaba muy guapa, estudiábamos juntas, salíamos juntas, nos repartíamos las chuletas que había que hacer para copiarnos, me gustaba su letra, era muy legible, Mar tenía letra de chico, de chico guapo. Los profes del hospital son los mejores profesores del mundo, a ver quién se atreve a suspender a una niña calva o a una niña en silla de ruedas, o a las dos juntas. Hoy es 5 de agosto, voy a la estación intermodal y me sitúo frente al primer andén, por si Mar decide regresar. Hace nueve años nos despedimos aquí. Mar subió con sus padres a un tren con destino a Granada. Podría decir que lo recuerdo con claridad, que Mar vestía un vestido vaporoso de flores y que se despidió de mí con una frase enigmática que durante años he repasado mentalmente, pero es mentira, no recuerdo casi nada de aquel día, y la imagen que acude a mi memoria no sé si ocurrió tal cual la conservo o yo misma la he recreado a mi medida. Hachiko era el nombre de un perro de raza akita, su dueño iba diariamente en tren al trabajo y regresaba de la misma manera, por la tarde, a la estación de Shibuya. Hachiko lo esperaba allí, la fuerza de la costumbre le había enseñado al perro el horario de los trenes. El dueño de Hachiko sufrió un infarto cerebral mientras trabajaba y jamás regresó a la estación donde Hachiko lo esperaba. El perro se quedó a vivir en el andén, era alimentado por los transeúntes. Cada vez que lo llevaban a casa se escapaba y regresaba para seguir esperando pacientemente, nadie se atrevió a prohibirle que estuviera allí, mirando y olfateando a los viajeros que se bajaban

de los trenes. Murió diez años después sin que su dueño hubiera regresado. Eso es lealtad. La lealtad es inútil, hace daño. La lealtad no es buena, te impide cambiar. Aun así, la lealtad es imprescindible. Nunca he tenido amigas después de Mar, me refiero a amigas de verdad. En mi casa hay dos fotos de Mar, una está en el mueble del salón, en ella Mar sonríe y se le ven los dientes un poco torcidos, está muy guapa. La otra fotografía está en el mueble de una habitación que uso como despacho, estamos la dos juntas, con un brazo sobre los hombros de la otra. A José María no le gusta que tenga a la vista las fotos de Mar, cree que no me acordaría de ella si no las viera diariamente. José María no se siente amenazado por esta lealtad, él es un hombre, sin embargo muchas mujeres que se han acercado a mi vida no han podido superar el hecho de ser conscientes de que nuestra amistad jamás podría estar a la altura de aquella. Sentada frente al andén leo las noticias en la prensa y cotilleo en las redes sociales. Le he escrito un wasap a Mar. Supongo que no puede leerlos, por eso no contesta. Tal vez sus padres dieran de baja la línea o, quizás, su número de teléfono ha sido adjudicado a otro usuario. Éste, al leer los mensajes, se ha dado cuenta de que sería mejor no responderlos. Tal vez me conozca y ya se haga una idea aproximada de cómo era nuestra amistad. Regreso a casa y me acuerdo de Ryan. Ryan nunca me habría olvidado si la que se hubiera muerto hubiese sido yo y no ella. Yo podría estar ahora en enmarcada en el mueble del despacho de Mar, los gatos son animales territoriales y tienen una gran memoria porque necesitan

almacenar muchos datos. Recuerdan el olor de los que pertenecen a su clan. Yo nunca cambio de perfume.

6 de agosto

Hoy he consultado el saldo de mi cuenta en la web de mi entidad bancaria y he visto que me han pagado unos atrasos. El propio banco en el que trabajo ha ingresado dinero de él mismo en una cuenta suya, o sea mía. Y el dinero, que en realidad no existe, ni siquiera se ha movido de la entidad. Hoy han ingresado los atrasos, y a mí en el hospital de la Caridad, esta vez, por un problema circulatorio en una de las piernas que no me sirven para mucho. Estoy en Observación, me aburro como una ostra sin wifi. No me quedan datos, le he mandado un wasap a Mar, decía «Ya estoy de nuevo en casa». Me han ingresado en el hospital porque mañana no tengo que trabajar, eso lo sé yo. Si no hubiera estado de vacaciones me habrían mandado a casa y no me habrían dado la baja ni aunque le hubiese puesto ojitos al doctor, a estos los conozco yo, son muchos años con ellos. Pero como estoy de vacaciones, pues me ingresan y así me fastidio igual que ellos, que están aquí, en vez de en las terrazas del paseo marítimo.

El sitio donde me tienen monitorizada no debería llamarse Unidad de Observación, porque nadie me observa ni se preocupa

por mí. Debería llamarse Unidad de Conversación, porque eso es lo único que hace todo el mundo aquí. Por un lado están las enfermeras mayores con hijos, éstas constituyen un grupo pediátrico independiente de las demás enfermeras, se interrumpen atropelladamente las unas a las otras para contarse los progresos y travesuras de sus pequeños. Luego están las enfermeras de tallas más bajas, éstas no tienen hijos, son más jóvenes y hablan, fundamentalmente de sus perros y de tiendas de ropa —a veces cuchichean sobre lo buenos que están algunos doctores que hacen el MIR—. Y por otro último están las aburridas pacientes, nos contamos nuestros achaques con un dudoso orgullo, a ver quién la tiene más gorda, la dolencia.

El caso es que no le he dicho por teléfono a nadie dónde estoy porque no tengo que ir mañana a trabajar, así nadie tiene por qué enterarse de que estoy ingresada, quizás mañana o el lunes me den el alta. A mi madre le he dicho que estoy en una casa rural en Cuenca, a mis amigas que me he ido al pueblo con mi madre porque mi abuela está pachucha, a José María que estoy griposa y con el humor de un tigre de bengala, que ni se acerque. He de ser muy cuidadosa con todo esto, he quitado la ubicación del móvil, si se enterasen de que estoy en un hospital se presentarían aquí todas mis amistades y familiares para exhibir su salud. Sólo Mar está autorizada a verme con este pijama. Las visitas van a los hospitales a restregarte su lozanía y a decirte «pobrecita». Vienen para recordarte que ellos están sanos y que llevan unos taconazos a juego con la minifalda y no una zapatillas

de paño y un pijama de los del culo abierto por detrás, como tú. No he tenido más remedio que llamar a mi casero y decirle que estoy ingresada. He pensado que él tiene llave de mi casa y puede echarle de comer a Ryan, en tanto me den el alta. En ese momento me he dado cuenta de que Ryan está muerto y que no hacía falta, le he colgado antes de que respondiera. No me hago a la idea. Los que han sufrido una amputación siguen sintiendo el miembro que ha desaparecido, incluso puede dolerles, lo llaman dolor fantasma, gato fantasma, en este caso. Mi casero tiene setenta años y muchísimas ganas de hablar, está deseando que algo se estropee para venir con su caja de herramientas y terminar de estropearlo.

Aún no hay habitaciones disponibles en planta y llevo todo el día en Observación, conversando con quien puedo. Un biombo me separa de una señora mayor con demencia senil, está todo el rato cantando, he anotado en el móvil lo poco que entiendo de las letras de sus canciones, dice con mucho arte «Carmen no te compres la falda tan corta», lo grita con una voz tan nasal y gutural que se hace casi ininteligible, canta con los ojos cerrados como un cantaor de flamenco. No nos vemos bien las caras, hablamos a voces a través del biombo y nadie nos regaña, pues estamos en la Unidad de Conversación. Las enfermeras mayores son muy simpáticas, en cambio las de mi edad tienen un trato algo más frío y profesional conmigo. Hay una enfermera con un corte de pelo que le queda como el culo que tiene. La tercera vez que me ha regañado por hablar con la vecina he empezado a llamarla *Miss*

Simpatía. Voy a hacerle entrega de una banda de papel higiénico con ese título. Advierto a mi vecina de que no ha de cantar tan alto o, de lo contrario, vendrá otra vez Mis Simpatía y le pondrá un tranquilizante en la vía que la dejará grogui. No me hace caso y sigue con su cantinela, así que Miss Simpatía viene y le mete un chute que la deja más tranquila, le pido uno para mí también y me mira con cara de camello al que le debes dinero, la amenazo con ponerme yo también a cantar y me quita el esparadrapo de la vía como si me estuviera depilando el brazo. Capto el mensaje y me callo en el acto.

La vecina, ahora medio dormida, sigue canturreando con la lengua entrapada, no se le entiende muy bien, habla de un tal Contreras. Contreras era el más guapo del pueblo, asegura. Acto seguido añade, «Vete a la mierda, Contreras», y llama a una tal Alicia, ¡Alicia!, vocifera, «Alicia ven para acá y llévate a Contreras, me está poniendo la cabeza como un bombo. Y ponte la corbata bien, Contreras, que no te enteras, pareces un eccehomo, trae, trae, anda, que te sale el nudo torcido». Luego se calla unos minutos y grita de nuevo, «Vete a la mierda Contreras». A veces, entre canción y canción, silabea, «Con-tre-ras, mier-da, mi-er-da, ¿me entiendes o no?». Luego se le olvida ese tal Contreras y se pone muy ufana a cantar como si estuviera lavando la ropa en la fuente del pueblo, «Siempre lo quieres con prisa, con prisa, con prisa», o «Lola, Lola, ¿qué haces?, ¿estás tendiendo las bragas del revés?, marrana».

A última hora, antes de que se la llevaran a planta ha venido su hija. Yo no la conocía de nada, era una mujer joven, dos pequeñas bolsas bajo los ojos le daban un aspecto cansado, parecía un poco mayor que yo aunque seguramente no lo era. Nos hemos presentado y hemos iniciado una conversación.

—¿Eres su hija?

—Sí, me ha sido imposible venir antes. Se ha escapado de la residencia y yo vivo en un pueblo que está a una hora de distancia de aquí.

—Claro, claro, no te preocupes —he intentado excusar a la mujer, estaba algo azorada por haber dejado allí a su madre sola durante todo ese tiempo.

—¿Se ha portado bien? —se disculpa tras un ligerísimo suspiro mientras recupera el aliento—. Te pregunto eso porque ahora son como niños.

—Por supuesto, es un encanto de mujer, sabe muchas canciones —he respondido— me ha tenido entretenida. Si no hubiera sido por ella me habría muerto de aburrimiento. Por cierto, ahora que te veo me suena mucho tu cara, no sé si fuisteis vecinos de mi madre hace años, ¿te llamas Alicia López? —no era cierto que la recordase, en realidad he improvisado el apellido para conseguir que me corrigiera diciéndome su verdadero apellido.

—No. Perdona, estás confundida. Yo me llamo Alicia Contreras. Alicia Contreras Casal, mi madre es de origen catalán.

8 de agosto

Mi padre se enamoró de mi madre como Ryan Gosling se enamoró de mí, simplemente porque lo alimentaba. Algunos gatos son tan primarios como hombres. Me di cuenta de que su interés por remolonear a mi lado aumentaba cuando el comedero estaba vacío, así que comencé a suministrarle el pienso en dosis muy pequeñas. La estrategia surtió el efecto deseado y pasé a ser la hembra alfa del piso. Nada más terminar de comer, Ryan, aunque no era un macho, intentaba pasarme el rabo entre las piernas. Ayer apliqué idéntica estrategia invitando a José María a cenar en casa y, efectivamente, la cosa funcionó —nada más terminar de cenar intentó hacer con el rabo lo mismo que la gata—. A los dos les tuve que parar las patas.

Afirmativo, el número diario de wasap de José María se ha triplicado al día siguiente de cenar en casa. Ahora cualquier excusa le parece buena para enviarme un mensaje. José María vive cerca de mi piso y no tiene *Netflix*, y no tiene novia y no tiene ni idea de cocinar. Cocinarle a un hombre es convertirte en su madre. Sinceramente, no sé si eso les pone o les crea conflictos. Prefiero a los amigos que cocinan para mí. Me encanta eso. Malaquías es quien mejor cocina de mis amigos.

Ryan creía que yo misma cocinaba los bocaditos de buey con ternera y verduras que le servía en el comedero, esos mismos que, a pesar de ser de carne, incomprensiblemente fabrican con forma de pececitos.

—¿Te vienes esta noche a cenar, José María?

—Afirmativo. Allí estaré a las 9.

—¿Dices "afirmativo" en vez de "sí" porque estás acostumbrado a hablar por la radio del coche con tus amigotes guardiaciviles?

—Afirmativo.

—¿A que te quedas sin cenar?

—A la orden, ya no digo más "afirmativo". Por cierto ¿me llevo el uniforme ?

—Ni pensarlo —será caradura—. Cenas y te vas a tu casa a dormir. Que mañana tienes que estar descansado para poder poner muchas multas.

—¿Estás enfadada? ¿no me digas que vamos a tomar sopa de cocido?

—Negativo.

—Uf, menos mal. ¿Llevo una botella de rosado?

—Afirmativo —le he respondido con sarcasmo.

Y es que él sabe que cuando estoy enfadada pongo un cocido. Yo no me había dado cuenta hasta hace poco, pero al parecer es cierto. Siempre tengo pollo y huesos blancos congelados, por si me enfado de repente. Lo espumeo y me queda blanquísimo el caldo. Le pongo sus zanahorias y su nabo, con perdón. También le añado algo de apio y siempre, siempre, un espinazo fresco que también tengo congelado para una urgencia anímica y gastronómica. Con las sobras hago croquetas, y eso es lo más relajante. Hacer la masa de las croquetas es muy fácil, a ver si me acuerdo sin mirar la libreta de mi madre, todas mis

amigas tienen una libreta manuscrita con recetas de su madre. Yo también.

Pones dos cebollas, bien picaditas, a pochar en una sartén. Añades un par de cucharadas de harina y lo rehogas todo. Cortas los restos del pollo y los incorporas junto a un poco de caldo. Para terminar le añades dos o tres vasos de leche entera, sal, nuez moscada y se deja cocer, por lo menos, treinta minutos. Lumbre lenta hasta que espese. Siempre es lumbre lenta. En la cocina y en la vida y en el trabajo y en la cama y en la venganza y en las croquetas, lumbre lenta y a reposar.

10 de agosto

Hay muchísimas cosas que deberían estar prohibidas, por ejemplo, los audios de más de un minuto, el emoticono sonriendo y agitando las dos manitas y, sobre todo, los espejos de H&M que te hacen más delgada y cuando llegas a casa te das cuenta de cómo te queda en realidad la blusa que te has comprado. Prohibidos. Prohibidas las rotondas con más de dos carriles, las faldas con listas horizontales, los abrefácil en los breaks y en las latas, prohibido el gintonic que no sea de color rosa, la música de los 80 y las películas de acción, ésas totalmente prohibidas. Todas las películas tendrían que ser de miedo, películas románticas de miedo, western de miedo, películas de espías de miedo. Ayer fui al cine con Ezequiel, a ver una película de miedo. Ezequiel siempre está ahí cuando se le

necesita. No tiene una conversación demasiado interesante, ni por wasap ni en directo, pero todo se le perdona porque es muy guapo y siempre tiene una fotaza de perfil. Hay quien es guapo de frente y quien es guapo de perfil. Ayer fue mi día de suerte, estaba en la cola del cine para comprar las entradas y vi que Graciela pasaba por allí en ese momento, así que le pedí a Ezequiel que me besara, rápido, se sorprendió pero accedió sin hacer preguntas, luego te lo explico le estaba diciendo cuando me ya había colocado la lengua en la boca, qué bien besa, oye, pensé. Espero que Graciela me haya visto besándome con el tío más bueno de aquella sesión de cine, espero que se muera de envidia. Ya dentro del cine, durante los anuncios de los próximos estrenos, le he explicado lo pava que es mi compañera de trabajo y que si lo he besado ha sido por eso, para fastidiarla porque nos estaba mirando. Al contarle la verdadera razón por la que le había pedido que me besara, se ha puesto tristón, qué rico. Me ha dado penilla y he vuelto a morrearlo. Hay sexo con pasión, y hay sexo compasión. El caso es que se ha animado. La película fue un callo malayo, iba a invitarlo a subir a casa para darle el resto de las gracias, pero es alérgico a los gatos. Estoy deseando ir mañana a trabajar a ver qué dice Graciela, me intriga saber si hará como que no me vio o soltará indirectas que dejarán claro que cada día me tiene más tirria. Mira que somos distintas, pero la diferencia más sustancial que hay entre Graciela y yo, es que yo tengo una gata y ella tiene una perra y cada vez que me suelta una indirecta me la imagino con una bolsita de plástico recogiendo de la acera la caca calentita de su perra.

11 de agosto

Ryan era tan guapa que todo el mundo que la veía se quedaba enamorado de ella. A su lado los demás gatos eran más feos que Picio. Ryan era una seductora, a mis amiguetes, si me descuidaba, les pasaba el rabo entre las piernas. Con José María, para darme celos, era especialmente cariñosa.

Los guapos y las guapas caen mal, haya o no razones fundadas para esa animadversión. Lo que más me disgusta de José María es que te haga quedar mal. Cualquier chica normal es, a su lado, fea. Y yo, cuando voy con él, parezco su hermana impedida en la discoteca, bailamos como podemos y nadie sospecha que José María y yo en realidad somos algo muy parecido a una pareja. Lo mejor de José María no es cuando llegamos al hotel y se quita la camiseta, lo mejor es que cada vez que nos paran para hacernos un control de alcoholemia, en lugar de asustarse, se abraza con sus compañeros guardias civiles y no nos hacen soplar. Se dan palmadas fuertes en la espalda y le guiñan el ojo como diciéndole, vaya tía buena que llevas en el asiento delantero. Y es que sentada, y con la falda corta, gana mucho. Le he enseñado a José María a que no se mueva demasiado al bailar, le he dicho que los guapos no se salen de la losa donde están —perrear reguetón es poco menos que imposible dadas nuestras circunstancias—. A veces le pido a JM que se ponga el uniforme cuando llegamos al hotel, me gustan los

hombres de uniforme, aunque sea el de guardia civil. Nunca me casaré con José María ni me iré a vivir con él, porque mi padre me hizo jurar que jamás me casaría con un guardia civil, sólo me pidió eso, apenas le quedan puntos del carné.

12 de agosto

Hay más cosas que odio, que cosas que me agradan.

Cosas que no me gustan aunque no lo parezca:

—Los donuts de chocolate.

—Los gatos.

—El fútbol.

En general no me gustan los gatos, sólo me gustaba Ryan. Tampoco me gustan los donuts de chocolate y, aun así, me los como si no hay donuts blancos. No es tan raro pues, por ejemplo, tampoco me gusta el fútbol, de hecho lo odio, pero a veces veo los partidos con mi padre, quedamos para tomar café los domingos por la tarde.

Hay muchas cosas que hacemos diariamente y que no por eso han de gustarnos. Los gatos y los donuts no son más que metáforas que se refieren a una realidad superior e intangible, son proyecciones platónicas del mundo de las ideas. Un donut, por ejemplo, es una escultura de Chillida, un espacio vacío central alrededor del cual gira materia comestible, una especie de agujero negro que succiona el apetito hacia su embudo. Cualquier físico sabe que si te acercas un donut blanco a la boca hay un punto de

no retorno, es ése después del cual es imposible volver a retirar el brazo y te ves obligado a morderlo, ese punto famélico se denomina "horizonte de sucesos salivantes". De la misma manera, si has vivido con Ryan Gosling ya no podrás convivir con ningún otro gato. Ryan era un gato sin vuelta atrás, algo parecido a ese momento en el que te estás probando el traje de la boda y tu madre te dice con retintín, y mirando el precio en la etiqueta, que si lo compras no se te ocurra arrepentirte. No todo ha de gustarnos mucho. Hay noches en las que salgo de fiesta y flirteo con chicos que no me gustan, lo hago si no hay chicos que me gusten más, esto es así, y es más evidente a medida que avanza la noche.

Ryan odiaba los frigoríficos y adoraba las lavadoras, las miraba como si fueran televisores. Mi frigorífico es un combi, a un lado está el congelador y en la otra puerta un frigorífico cuyas baldas llegan hasta el suelo. Una de esas noches que volví tarde, Ryan se asomó a husmear en el frigorífico mientras yo lo abría buscando restos de la cena. Tuvo tan mala suerte al asomarse que al cerrar el frigo terminó dentro de él sin que yo me diera cuenta de lo que había ocurrido. Me acosté y unas horas más tarde, yo llevaba ya un buen rato durmiendo, lo escuché maullar. El sonido quejoso de sus maullidos me condujo hasta la cocina, allí estaba medio entelerido, como acusándome de ser una mala dueña. Temblaba con el mal de San Vito. Ryan no volvió a acercarse al frigorífico.

Es difícil saber con certeza qué es lo que nos gusta y qué lo que nos disgusta y estar segura de que eso no cambiará nunca. Cuando yo tenía 15 años odiaba que me miraran el culo. Si pasaba

delante de unos tíos podía sentir cómo se giraban para mirarme el trasero, sentía sus ojos posándose en los bolsillos de atrás. Odiaba eso. Hace unos días, en un centro comercial, me crucé con un grupo de chicos, iba de compras con mi prima y era evidente, por sus risitas, que los cuatro iban a girarse para mirarnos el culo. Mi prima, que también los vio venir, nada más cruzarse con ellos tapó los bolsillos traseros de su pantalón vaquero con la carpeta que llevaba bajo el brazo. Los chicos, al saber que habían sido descubiertos, comenzaron a reír estruendosamente. Era evidente que los habían pillado. La escena fue divertida. Yo siempre había odiado que me ocurrieran cosas así, pero ahora que voy en una silla de ruedas y que nadie se gira para mirarme el culo, algunos días me alegro y otros me da cierta nostalgia. Apetece saber que sigue habiendo tontos del haba. Ahora soy más de escotes. A mí me miraron a la ida y a ella a la vuelta. Lo único bueno que tienen los tíos es lo previsible que son.

13 de agosto

Qué raro me resulta ahora venir al pueblo de mi abuela sin Ryan a mi lado maullando dentro de su trasportín. Viajaba en el asiento del copiloto, era muy pesada, me preguntaba en gato, una y otra vez, que cuánto quedaba para llegar, que cuánto quedaba para llegar. Le gustaba viajar, pero no tenía paciencia, ni conversación. Ryan había venido al pueblo conmigo tantas veces que de sobra conocía la casa familiar y sus alrededores. Por la

noche peleaba en el haza con otros gatos catetos, por la mañana volvía magullada y feliz a pasarse el día enroscada en una silla de anea cerca de las ascuas de la chimenea de la cocina. Era una gata pija que maullaba con la ese y a la que las gatas del pueblo no podían ni ver. Parece lógico que no les hiciera mucha gracia que viniese una gata de ciudad dándose las de gata finolis de raza para robarles los gatos con la cabeza más gorda. Por eso tenía sus más y sus menos con ellas, la relación con las especímenes de su mismo sexo y especie no era muy diferente de la relación que yo misma tenía con las chicas del pueblo en la discoteca —a ambas llegaron a arañarnos en alguna ocasión—. Está mal reconocerlo pero Ryan Gosling y yo teníamos éxito, ella con su rabo negro y mullido de gata guapa con pedigrí, y yo con mi pelazo planchado y mi media hora larga de maquillaje antes de aparecer en la plaza del pueblo para bailar Paquito el chocolatero durante las fiestas de la patrona.

Después de esterilizar a Ryan las dos dejamos de tener problemas, ella no volvió a discutir en el haza con las otras gatas —supongo que en vez de pelearse comenzaron a hablar de cotilleos, de ratones o de marcas de pienso— y yo dejé de enrollarme con los novios de mis primas segundas porque José María empezó a acompañarme cuando subía al pueblo, y como estaba tan bueno y era tan guardiacivil, pues todas se hicieron muy amigas mías para acercarse a él.

De aquellos viajes al pueblo, Ryan y yo conservamos numerosas fotografías. Las dos tenemos un álbum. En la portada del mío puede leerse “Ryan y yo”; en la portada del álbum de Ryan dice “Yo y Sofía”, porque en idioma gato no existe la cortesía y el gato siempre va delante. A Ryan le gustaba ver su álbum de fotos, se las apañaba para pasar las páginas con las patas, hay marcas de sus uñas por todas partes. Aunque sé que ella no sabía leer, pues era una gata analfabeta, debajo de cada foto le escribí comentarios relacionadas con ellas, eran del tipo “Ryan durmiendo con una baraja de cartas de póquer, gata tahúr”, o “Ryan comprobando la firmeza del tejido de las cortinas”, o “Ryan trayendo un asqueroso regalo de ratón en la boca justo antes de que le diera un escobazo en el lomo por gatacerda”, cosas así, recuerdos asociados a imágenes. Siempre me he preguntado si todo eso lo recordaría ella. No lo sé.

Lo que está claro es que el pueblo lo recordaba bien de una vez para otra, se movía con desparpajo por sus calles y lo mismo la veías en la plaza del ayuntamiento que cerca del río acechando gorriones o cazando cigarras en las alamedas. Cigarras que luego usaba como sonajero, las atizaba con la pata para que hicieran ruido. Cuando las pobres no podían zumbiar más, se las comía como tentempié, hacían un ruido crujiente, qué asco, gata mala, gata mala.

He venido al pueblo a pasar el fin de semana y a olvidarme de Graciela y de sus intrigas para que la asciendan a interventora.

Me daría un ataque si terminara siendo mi jefa. El caso es que se me hace raro venir sin Ryan. Se está bien aquí aunque no haya H&M ni Zara, porque por la noche refresca y hace frío aunque estemos en agosto. Una chica se acerca a los treinta cuando empieza a usar las palabras “fresquito” y “hum”, o las dos palabras juntas. Nadie menor de veinte años dice “hum, qué fresquito”, ¿dónde se ha visto eso? Envejecer es muy duro. Yo siempre tendré una ventaja sobre todo el mundo, jamás me dolerán las rodillas.

15 de agosto

Menudo tormento es salir de fiesta en silla de ruedas, tienes el culo de todo el mundo a la altura de la boca. La única ventaja es que si sales de fiesta en silla de ruedas se liga mucho en las discotecas porque los tíos son tan cortitos que se creen que las parálíticas la chupan muy bien y bailan muy mal. A mi me gusta bailar, pero soy algo tímida y me da corte dar el cante con la silla, así que para hacerlo tengo que ir un poco pedo. Una parálítica borracha bailando reguetón si no es algo patético está muy cerca de serlo, así que normalmente prefiero beber poco e ir a locales más tranquilos, ir a los bares, por ejemplo, eso me gusta mucho, tapear. Ir de cervezas en silla de ruedas es lo más, siempre tienes asiento, no tienes que preguntarle a los de la mesa de al lado si tienen ocupada esa silla que está vacía, hablas con gente que está a tu

nivel —de altura, no intelectual— y no tienes que volver en taxi si tu casa pilla cerca y es cuesta abajo. Dicho así parece que si eres paralítica todo son ventajas y parabienes, pero qué va, lo cierto es que es un rollo que únicamente Ryan Gosling valoraba, siempre estaba deseando que regresara a casa para afilarse las uñas en el asiento nada más bajarme de ella para tumbarme en el sofá. Zape. Será.

Que yo sepa nadie sabe qué se celebra el 15 de agosto, le pregunté a mi madre y dijo que la virgen de agosto, como si no tuviera nombre. Cuando subo a Trevélez salgo a la romería en una silla de ruedas todo terreno, son muy caras, pero no necesitas comprar una porque las alquilan. Tiene las ruedas más anchas y están preparadas para andar por caminos de tierra, la gente se me queda mirando.

Ya no puedo caminar, pero sí que puedo, con mucho esfuerzo, mantenerme durante unos pocos segundos en pie. Así que, cuando llegamos a la ermita me levanto de la silla de ruedas y grito delante de la imagen de la virgen: «Milagro. Puedo andar».

17 de agosto

Hay cosas que huelen fatal y, a pesar de eso, no sé si me desagradan o si, por el contrario, ésa es la razón por la cual me siento tan atraída por ellas. Como los lirios, por ejemplo. Los lirios huelen peor que ese olor a humanidad que hay en algunos pubs,

los lirios son una flor preciosa, se supone que huelen muy bien, pero su aroma es demasiado fuerte y por eso es el peor olor de todos los mejores olores. Después de ellos va la gasolina, seguida del olor de mis pies, el que se acumula entre el dedo gordo y el... ¿cómo demonios se llama el segundo dedo del pie?, ¿índice? Se nos nota a los humanos el orgullo de especie que sabe fabricar herramientas con sus manos, por eso le hemos puesto nombre a todos los dedos de la mano, hay canciones infantiles para que los niños se los aprendan, como si fuera fundamental para su formación saber cómo se llama cada uno. Sin embargo los dedos de los pies no tienen nombre, son dedos de segunda división. Hoy he ido a una zapatería, buscaba unas sandalias, algún zapato descubierto que fuera bien con mi silla. Mis sandalias favoritas las rompió Ryan de tanto mordisquearlas, eran su juguete preferido. Sin embargo todos los zapatos que me he ido probando me hacían el dedo gordo muy feo, lo apretaban contra el dedo anónimo de al lado y éste se metía debajo, acomplejado. Me gustan mis pies, a todo el mundo le gustan sus pies y a casi nadie le gustan los pies de los demás. Yo podría ser modelo de pies para anuncios de productos del doctor Sholl, lo que pasa es que no quiero. He ido a otra zapatería, una que hay en el Paseo y he encontrado unas sandalias que no estaban mal, en la calle hacía tanto calor que se me derretían las ruedas, eran las 17:30 y los rayos de sol me impactaban en la cabeza, uno detrás de otro, invitándome a entrar en las tiendas y consumir. He flirteado con el dependiente y he comprado las sandalias, por ese orden. Todo el mundo me dice «te

conozco de verte por la calle», soy una celebridad en mi ciudad. Luego he bajado en dirección al puerto cruzando la rambla —ahí cojo más velocidad— y me he ido al pequeño taller de un tipo que arregla zapatos y además tapiza sillones viejos a las señoras mayores. Había una mujer sentada en un taburete, tenía una edad indeterminada entre 65 y 80 años, hay señoras mayores que pueden tener la edad que quieran, estaba muy delgada y se conservaba bien, vestía con el uniforme de las mujeres mayores de los barrios, una especie de vestido ancho con un estampado de flores y una forma cilíndrica que evita la presencia de cualquier curva, dos tirantas bien anchas y, casi siempre, manga corta o manga sisa. La mujer estaba llorando, tenía la cabeza agachada. El zapatero estaba de rodillas, consolándola, aunque más bien parecía que le estuviera pidiendo matrimonio y ella, por la emoción del momento, se hubiera puesto a llorar de la alegría. Llevaba en la mano un zapato, iba a probárselo como a Cenicienta. Mi primera intención ha sido largarme de allí, salir huyendo de los problemas, sé que tengo conductas de evitación, pero así me va mejor. Esta vez no he podido escaparme, el hombre, con la mirada, me ha suplicado ayuda. Con mi silla de ruedas me he puesto al lado de la señora y he abrazado sus hombros rodeándola con el brazo derecho. Con la otra mano le he dado al zapatero una bolsa de plástico donde traía los zapatos rotos, y le he dicho, susurrando, que se trataba de la hebilla. Él ha aprovechado para volverse a su mostrador y me ha colocado a mí a la señora llorando. Se ha puesto a arreglar los zapatos con tal de no tener que salir de

detrás del mostrador, y yo he permanecido cerca de la mujer, sin moverme y en silencio. Ni siquiera he pensado en qué sería apropiado decir, y mira que habría sido fácil para mí acudir al tópico de tocar la silla de ruedas y decir «fíjese en mí, todos tenemos problemas, vea el lado positivo de la vida». Cállate, Sofía. Ésa es la frase que más me repito. Simplemente he sentido que lo mejor que podía ofrecerle a aquella señora era el contacto y el silencio. Ryan no decía nada y me consolaba mucho su presencia. He hecho de gata con esa señora. Un poco más y se queda dormida al minuto de estar tocándola. Primero ha dejado de llorar y, poco después, de suspirar. Hemos estado en esa posición unos diez minutos, aproximadamente. Eso es mucho tiempo. Al zapatero tapicero le ha dado tiempo a arreglar la hebilla y ha salido desde detrás de su mostrador a interesarse por la situación. Le ha preguntado a la señora que dónde vivía y le ha dicho que estuviera tranquila porque yo la acompañaría a casa —lo he mirado con cierta sorpresa y con ganas de decirle que vaya cara, pero me ha entregado las sandalias arregladas y les ha cambiado las tapillas. «No es nada, el arreglo es gratis», ha dicho mientras con la mano parecía estar animándonos a salir de su tienda—. La señora había dejado de llorar y, sin levantar la cabeza, indicaba con el dedo una dirección, «por allí», ha dicho. La voz me ha resultado familiar y, aunque aún no había podido verle bien la cara —había permanecido cabizbaja todo el rato—, he creído saber de quién se trataba. «¿La señora Alicia Casal?». «Sí», ha respondido a la vez que señalaba con el índice, como queriendo indicar que su casa

estaba por ahí. Se ha apoyado en una de las empuñaduras de mi silla de ruedas y hemos empezado a andar, era yo quien la llevaba a ella aunque ella me dirigiera con el dedo, señalando en una u otra dirección. No hemos hablado durante el camino, esta vez no ha canturreado canciones. Se ha detenido en un portal, un edificio bastante céntrico, muy antiguo, viviendas de protección oficial de la época de la dictadura, a un lado un yugo y unas flechas, el escudo de la Falange tan deteriorado que parecía un bajo relieve. Tras tomar con dificultad un diminuto ascensor adaptado al hueco de la escalera, hemos subido a la tercera planta y he llamado con los nudillos porque nunca llego al timbre. El hombre corpulento que ha abierto la puerta en camiseta blanca de tirantes ha puesto cara de preocupación, pero no de sorpresa. La casa olía a legumbres y a coliflor, olía mal, pero daba hambre, no sé si me gustaba o no el olor de aquella vivienda. El hombre corpulento no ha dicho nada, simplemente ha entrado a buscar su teléfono móvil y ha llamado a alguien. Yo escuchaba la conversación, sí, sí, no te preocupes, ya está aquí, sí, ven a por ella cuando quieras, no, ya, ya, no es molestia, por dios, que va, lo que pasa es que me dan ganas de llorar cada vez que aparece, ésta es su casa, por supuesto, que sí, es normal, es lo poco que recuerda, claro, sí, bien, no tengas prisa, hasta ahora. El hombre corpulento ha hecho pasar a la señora y me ha dado la impresión de que me cerraba el paso a mí y que me invitaba a marcharme, como a un repartidor que hubiese entregado su paquete.

—Pero... —he balbuceado buscando alguna respuesta a todas las preguntas que, de repente, me habían asaltado.

—Esta mujer vivió en esta casa hace muchos años, antes de que tú, incluso de que yo, hubiéramos nacido —dijo el hombre, consciente de que, al menos, merecía algunas respuestas—. Padece alzhéimer y cada vez que se ha perdido, termina volviendo aquí. Luego, yo llamo a su hija y ella viene para llevársela a casa.

Cogí mis bolsas de zapatos, los reparados y los que había comprado, y me fui de aquel edificio pensando que qué rara era la vida. También pensé que tenemos algo de gatos, los gatos no son propiedad de las personas sino de las casas, mi abuela contaba que cuando mi madre era aún una niña se mudaron a una casa más grande que estaba a poco mas de cincuenta metros, en la misma calle en la que vivían. Mi madre tenía una gata que se llamaba Kim Novak —debe ser cosa de familia ponerle a los gatos nombre de actores o actrices—, la gata jamás aceptó el cambio de domicilio y, una y otra vez, regresaba a la que hasta entonces había sido su casa. Al final, los nuevos propietarios aceptaron su presencia y mi madre dejó de tener gata.

Yo estaba contenta porque ambos problemas se habían solucionado a la vez, la señora había encontrado a su familia y yo había arreglado mis zapatos favoritos. Todo tiene una importancia relativa y las sandalias que Ryan me rompió son las que me hacen el dedo gordo más bonito, no podía dejarlas rotas porque no encuentro otras mejores. En ese momento pensé que, para que jugara, le daría a Ryan el par de zapatos que acababa de comprar.

Y yo me quedaría otra vez con las sandalias que el zapatero me había arreglado. Qué tontería, se me olvida que está muerta y cremada.

A mí los zapatos me duran mucho, no se me desgastan, obviamente. Tampoco tengo tacones, quedan un poco ridículos en la silla de ruedas. Los zapatos, en mi caso, son una ironía. Al llegar a casa Ryan no estaba y nadie ha saltado a mis faldas, aun así he sacado de la caja una de las sandalias nuevas y la he arrojado en medio del salón para que la mordisqueara, pero ella no ha aparecido. O no le gusta el color o el modelo no le queda bien o está muerta. Tal vez sea el olor, están demasiado nuevas y huelen a eso, a coche sin estrenar, a hospital, a armario con la ropa de temporada y alcanfor. Supongo que tendré que ponérmelas durante unos días para que la suela se impregne de ese sudorcillo tan propio de la unión entre el dedo gordo del pie y el dedo sin nombre.

18 de agosto

Mi madre se llama Remedios. A Ryan Gosling debí haberla llamado Remedios también, porque ella y mi madre son igual de pesadas, el nombre le habría quedado genial, Remedios, ven Remedios, ven bonita. Mi madre y Ryan Gosling son los dos seres más pesados del mundo, a las dos les ha encantado siempre despertarme, ya sea llamándome por teléfono o metiéndome los

bigotes en la nariz mientras duermo la siesta en el sofá, por ejemplo. Como la alarma de mi móvil de lunes a viernes sonaba a las 6:30h para irme a trabajar, Ryan se había acostumbrado al horario y corría a lamerme la cara en cuanto escuchaba los primeros acordes de esa tediosa melodía enlatada que salía por el altavoz de mi móvil. Metía los bigotes en mi nariz y me daba, a partes iguales, rabia y cosquillas. ¿Quién iba a decirme entonces que ahora echaría de menos eso? Ryan no podía entender que un sábado o un domingo no fueran igual que el resto de los días de la semana. Intenté explicárselo, pero no hubo manera y ella siguió despertándose a esa hora, sonara o no la alarma, fuera o no, fin de semana, ella tenía su reloj gatuno biológico ajustado a las 6:30h y ya está. Se subía a la cama y ronroneaba frente a mi cara, hacía rrrr, rrrr, hasta que yo me despertaba, sólo entonces se quedaba tranquila. Me acompañaba al baño, me ayudaba a maquillarme y desayunaba conmigo.

Mi gata se parecía físicamente a mi madre, también intelectualmente. Mi madre me llama por teléfono todas las noches, tenga o no algo que decirme, ella me llama porque cree que llamarme es una parte fundamental de su trabajo de madre. No puedo silenciar el móvil porque normalmente me llama al fijo pues le sale gratis, dice. Si no estoy en casa me llama al móvil y cuelga para que yo le devuelva la llamada. Si por lo que sea no la oigo o no me apetece hablar con ella, hace un drama. Le dice a mi padre que coja el coche, que me ha pasado algo, seguro, y se presentan en casa. Le costó mucho comprender que yo no

necesitaba tantos cuidados y que estar en una silla de ruedas no iba a convertirme en una persona totalmente dependiente de ella, mi madre era tan protectora como aquel pez payaso de la película *Buscando a Nemo*, Nemo debo de ser yo, supongo, y mis piernas son su aleta pequeña. El inicio de la conversación telefónica es idéntico cada día, me la sé de memoria, ¿te pilló bien o estás ocupada, hija?, pues para ver cómo has pasado el día, tu padre hoy me ha hecho tal, qué hombre, y he visto a tu prima tal y me ha preguntado por ti, por cierto, qué tiempo hace por ahí, aquí hace tal, he hecho un asadillo de tal y cual, ojalá hubieras estado aquí, ha salido como a ti te gusta, uhm qué rico, ¿qué has comido tú?, estás muy flaca, te vas a quedar sin tetas, ¿y el trabajo?, ¿y los novietes, cómo va ese guardia civil? A tu padre le da un ataque cuando se lo presentes, y mira que tiene ganas de un nieto, y mira que le gustan los niños, y mira que es raro este hombre, qué sería de él sin mí. A mí no me importa que tu chico sea guardia civil, porque tu padre tiene muy pocos puntos del carné y un día de estos se lo quitan y tiene que ir de nuevo a la autoescuela, siempre lo pillan haciendo algo que él niega haber hecho, es una víctima, me gustan los hombres de uniforme aunque sean guardias civiles, el caso es que no estés sola, amor, y los hijos dan tantas alegrías, los hijos no quieren a sus padres, son los padres son los que queremos a los hijos.

Después de este fragmento mi madre improvisa, se va por los cerros de Úbeda —en Úbeda hay una academia de guardiaciviles—, desvaría o corta rápidamente la conversación

porque ha quedado con sus amigas del colesterol para andar, pero hoy me ha sorprendido con una efemérides, me ha recordado que mañana hace cuatro años que me vine a vivir a la ciudad, lo dice como si la hubiera abandonado en una carretera secundaria. Ya se ha hecho a la idea, la casa está bien, vivir en el paseo marítimo es un lujo que puedo permitirme, algo que me viene muy bien porque apenas hay cuestas y es peatonal. El piso y el edificio están bien adaptados.

Ha amanecido nublado, a pesar del calor no es extraño que en esta época del año haya días nublados o caiga uno de esos chaparrones que dejan los coches sucios de barro y el ambiente menos cargado de partículas en suspensión. A Ryan le gustaba ver la lluvia, asomaba la cabeza entre los barrotes de la terraza y se quedaba embelesado mirando las gotas, intentaba, sin éxito, cazar alguna que pasara cerca de sus narices. Parecía estar saludando a alguien.

Creo que voy a cambiar el mueble de la tele, sí, me gusta mover los muebles de sitio. No sé por qué, pero cada cierto tiempo, me canso y le tengo que dar la vuelta a todo. Tal vez sea algo genético, casi todo lo es, a mi madre también le gusta cambiar la disposición de muebles y sofás. Las gatas cambian de sitio a sus cachorros, su instinto les dice que deben hacerlo. Los muerden en la piel del cuello y los trasladan de uno en uno a emplazamientos donde ellas consideran que están más seguros. En mi piso todo tiene ruedas debajo, así que no me cuesta tanto mover los muebles como podría pensarse. Los días de cambiar la

distribución son días también de abrir y cerrar cajones, días de buscar y ordenar. No me gusta que las puertas de los armarios estén abiertas, Ryan se metía en los armarios a dormir. A menudo se colaba mientras yo ordenaba la ropa, luego yo lo cerraba sin saber que ella estaba dentro y ahí se pasaba un buen rato hasta que su maullido lastimoso me guiaba hacia la puerta que debía abrir. Ella salía desperezándose y arqueando el lomo a la vez que bostezaba. No se la veía muy preocupada por haber estado allí atrapada. Sabía que yo la salvaría. Confiaba en mí.

20 de agosto

Nunca he llegado a entender por qué razón los personajes más tristes de las películas independientes norteamericanas acuden a las lavanderías por la noche, ¿acaso no pueden permitirse tener una lavadora en casa? Me encanta decir *obsolescencia programada*, cada vez que puedo, y viene al caso, repito esas dos palabras en una conversación, hago especial hincapié en la oclusión de la bilabial, *obsolescencia programada*, toma ya. Me gusta pensar que todo está fabricado para que no dure demasiado tiempo, no le veo yo nada perverso a ese plan. A no ser, claro, que estemos hablando de mi lavadora, en ese caso me parece un fastidio que se escacharre. El técnico me dijo que vendría pronto, quizás dentro de unos días, tardará porque es agosto y el personal está de vacaciones. Así que, cojo la ropa

sucia acumulada en el canasto del baño y me voy de nuevo a la lavandería que hay frente al palmeral del Zapillo, en la esquina. Algunas veces he llevado los edredones o un chaquetón grande y delicado, cosas así. Me he dado cuenta de que los clientes se saludan, parecen conocerse desde hace tiempo. El primer día no, pero cuando coincides más de dos veces con alguien en una lavandería te sientes con la suficiente confianza como para hablar con él o con ella. Hay quien mete la ropa en el tambor, deposita las monedas y se marcha del local porque no tiene miedo a que se la roben. Suelen vestir bien, normalmente son hombres de clase media o media alta, llevan corbata y tienen aspecto de trabajar en algún banco u oficina —los representantes de productos se parecen mucho a éstos, pero son más gordos y, a menudo, con más entradas en la frente—. Los demás se quedan esperando sentados, leyendo, como yo, hasta que termina el programa de lavado y secado.

En la lavandería me he hecho amiga de un tipo que trabaja en un campo de golf, en Retamar, conduce una cortadora de césped siete horas al día, seis días a la semana. Debe tener unos 60 años, pelo abundante y canoso, algo alborotado, casi blanco, tiene los ojos grises, quizás quemados por el sol, parece ciego. Comienza por el hoyo 1, primero corta las calles y luego los greens. Para cuando, una semana después llega hasta el hoyo 18, en el hoyo 1 ya ha crecido de nuevo la hierba, y vuelta a empezar. Es un tipo culto y meticuloso, dice que ser viejo es lo peor que le

ha pasado en la vida, que es una verdadera vergüenza que haya viejos, que le duelen los tobillos cuando apoya el pie en el suelo por la mañana al levantarse de la cama, y que le duelen las rodillas y a veces la cadera. Tiene osteocondritis en la cabeza del fémur y el dolor no siempre lo deja dormir. El dolor es el único amigo de un viejo como yo, no hay quien pueda con el tiempo. Dice que yo tengo mucha suerte porque no puedo sentir dolor en las piernas y porque, además soy una chica joven. Le he respondido que eso es, también, obsolescencia programada, una instrucción genética para que hasta los jóvenes se vayan muriendo un poco cada día. Incluso el amor sufre la obsolescencia programada, yo ahora estoy muy interesada en José María, pero en realidad es la especie la que está interesada en que yo me reproduzca con él. Después, pasado un tiempo y cumplido su objetivo, nos divorciaríamos porque querríamos recombinarnos con otro espécimen con una hélice de ADN distinta. La especie piensa por nosotros. Cuanto mayor sea la diversidad genética, mayores serán las posibilidades de que algunos individuos sobrevivan a una pandemia u otro cataclismo. En resumidas cuentas, eso es el enamoramiento, y por eso dura solamente un tiempo determinado. Dice el hombre de la lavandería que a pesar de ser viejo y a pesar de los dolores, no se cambiaría por mí porque adora su trabajo, cortar césped, oler a césped cortado, por nada del mundo cambiaría ese trabajo, es algo que le permite escuchar una aplicación que lleva en el móvil, iVoox, escucha relatos cortos, conferencias, programas de radio, novelas, lo oye todo y todo lo aprende, dice que necesita saber

más, sabe de pintura y de botánica, de física, de astronomía, del realismo mágico americano, es un especialista en poetas norteamericanas, es un yonqui de los datos, sufre vigorexia cerebral, y dice también que no tiene muchos amigos y que casi nunca sale porque no tiene tiempo, es viejo, va a morir y aún no lo sabe todo, de hecho asegura que sabe muy poco, aunque tenga todas las respuestas. Después del trabajo se va al gimnasio para que la sangre circule —si te pasas siete horas sentado corres el riesgo de que te dé un trombo—, encima de la elíptica, con los auriculares puestos, escucha alguna conferencia sobre el antiguo Egipto, sobre Alejandro Magno o sobre Azorín, ese gran desconocido, asegura. Cuando termina es la hora de irse a casa a cenar o a ver la televisión, algún canal de documentales. No tiene tiempo de más, ojala tuviera tiempo. El tiempo, como todo, se acaba, se rompe, el tiempo está diseñado para que no dure eternamente, el tiempo hará que se quede sin trabajo, dice que muy pronto las cortadoras de césped no necesitarán conductor y que un geolocalizador las guiará vía satélite para que sorteen las palmeras y no se caigan en las trampas de arena de los campos de golf, harán su trabajo sin que nadie las dirija, los cortadores de césped nos quedaremos sin trabajo y después se quedarán sin trabajo los taxistas y los conductores de autobuses, todo el mundo se quedará sin trabajo y habrá una guerra, una guerra de parados, los parados romperán todas las máquinas, eso dice. Si tuviera tiempo saldría a tomar cervezas, tendría más vida social, quizás una novia con gafas, pero como no tiene tiempo, pues no lo hace.

Se le acaba el tiempo, es muy viejo, es un asco ser viejo, qué insulto, odio los espejos. En ese momento me ofrece un auricular para que escuche con él -está sentado a mi lado- mientras miramos el tambor de la lavadora que gira frente a nosotros, nos hipnotiza, es la ventana redonda en la proa de un submarino, escucho la voz engolada del narrador, es un cuento de Chejov titulado *La tristeza*, nos quedamos callados durante los aproximadamente 15 minutos que tarda en terminar. Luego me quito el auricular del oído y lo miro, está llorando, no se limpia las mejillas con el antebrazo, dice que si no te frotas, que si dejas que las lágrimas caigan libremente, los ojos no se enrojecen y nadie sabrá que has llorado. La tristeza resbala con el agua, pobre viejo el del cuento de Chejov, se le había muerto su hijo y nadie quería escuchar su historia, era un viejo, qué asco de viejos, ¿quién va a querer escuchar a un viejo? Hombres viejos, lavadoras viejas, cosas que no funcionan, como mis piernas.

22 de agosto

«Tengo entradas para un concierto de Coque Malla esta noche», eso me ha dicho por wasap sin faltas de ortografía (porque no había en la frase ninguna uve, ni ninguna be, ni ninguna palabra con tilde). ¿Vendrías conmigo?, ha añadido ya metiendo la pata en la i. He comprado dos, ya están agotadas, ha dicho para darse importancia. Si tú no quieres venir conmigo

tendré que ir dos veces, ha bromeado con un emoticono sudando, para que yo entienda que si rechazo la invitación no piensa tirar de agenda para ir al concierto con alguna de sus amigas.

No sé. Aún no estoy de humor. Ya se me ha pasado un poco la tristeza, pero la imagen de Ryan, inerte, aún me impacta cuando cierro los ojos.

Me gusta mucho Coque Malla —el muy listo de JM lo sabe bien—. Me gusta que Coque Malla veranee en Almería y que tenga una familia tan bonita —lo he visto en dos ocasiones comiendo en un restaurante frente a la playa de Aguaamarga—, A Ryan le gustaba mucho la canción que se titula *Berlín*, esa la maullaba de memoria por el pasillo, hoy voy a empezar a construir la casa donde estaré para toda la vida, voy a recorrer esta ciudad, voy a llegar hasta el mar, el mar me cura la herida y voy a saltar, voy a nadar hacia otro lugar, para toda la vida.

—Entra otro wasap. Ya sabes dónde está Chamán, no hay en todo el país un local que esté en un sitio mejor. Después del concierto podríamos bañarnos, y no tienes que responder muy rápido. Tienes diez minutos, emoticono con sonrisa y con gota de sudor en la frente.

Acepté. Fue un concierto acústico maravilloso. Coque Malla solo ante el peligro, como Gary Cooper, armado únicamente con su guitarra. Cuando cantó aquello de "no puedo vivir sin ti, no hay

manera", José María me miró con cara de pillo. Nos alejamos de Escullos y fuimos hacia una playa cercana con fácil acceso. Estaba muy oscuro, apenas había contaminación lumínica, me subí a su espalda, de niños decíamos "a coscoletas".

—Me quedo siempre junto a ti, me enfado con tu risa, te ríes otra vez, me muerdo los nudillos, tú muerdes la pared, ahora ya no me arrepiento, ahora ya sé por qué me quedo siempre junto a ti.

—Estamos solos, nadie nos mira, nadie vigila, nadie conspira, déjate llevar, deja de frenar.

Y es lo mismo, lo de siempre es lo mismo. ¿Para qué buscarle más paralelismo? —ese no es Coque Malla, es de Dellafuente.

—Sí.

—¿Te has dado cuenta de que dentro del mar no estoy parálitica. Da miedo, está todo oscuro.

—Fíjate, mira hacia arriba, se ve claramente la Vía Láctea, la vemos así porque nosotros estamos en un brazo de ella. ¿Tú sabes si las estrellas cantan como las ballenas en los mares? Tal vez el parpadeo de su luz es, en realidad, la traducción de esa misma frecuencia a un lenguaje lumínico. Las canciones de las ballenas no podrían transmitirse en el espacio porque ningún sonido puede hacerlo, así que sería una buena solución traducirlo a otro idioma, un lenguaje morse, un parpadeo, por ejemplo.

—No lo sé. Solo sé que tú eres un cielo.

25 de agosto

Hoy ha hecho un mes desde que Ryan murió. Me sabe mal darme cuenta de que ya no me duele tanto como entonces. ¿Cómo funciona el tiempo? ¿cómo lo que parece tan doloroso, cambia? No sé si he cambiado yo o ha sido el dolor el que ha mutado. La aceptación se abre camino y me he dado cuenta de que yo soy más importante que mi dolor. Me parecía ridículo llorar mucho por un gato, intenté no hacerlo demasiado porque, al fin y a al cabo, no se trataba de un familiar, me daba miedo tener más ganas de llorar de las que tendré en el funeral de mi madre. Ryan sólo era un gato, había tenido una vida feliz y cómoda. Creo que el dolor que sentía entonces no provenía tanto de su pérdida sino de la forma en la que ocurrieron las cosas, la culpa la tuvo una imagen. No me dio tiempo a hacerme a la idea, Ryan no se puso enfermo y acudimos al veterinario, simplemente ocurrió de sopetón, un accidente, son cosas que pasan, eso me decían para consolarme. Pero el collar se lo había comprado yo, y yo fui quien se lo puso, quien cerró la hebilla, quien se lo ajustó al cuello, era un collar de color rojo y tenía un pequeño cascabel que apenas hacía ruido para que a Ryan no le molestara en los oídos. No la delataba cuando acechaba a las moscas —era una cazadora y en

un piso de 70 metros no le quedaba más remido que practicar con ellas—, seguramente estaba acechando en el balcón, las vistas son hermosas, el mar, el paseo marítimo, allí se entretenía cuando yo no estaba en casa. Seguramente saltó para atrapar a una mosca y en la caída el collar debió engancharse en un trozo de hierro de la barandilla metálica. No pudo soltarse y allí se ahorcó. Supe que había pasado algo cuando al abrir la puerta del piso ella no salió a recibirme. No podía imaginarme que desde la puerta de entrada vería la terrible imagen de mi gata ahorcada, pendiendo de la baranda de mi balcón. Sin esa imagen todo habría sido más fácil de olvidar, sin Ryan colgando, rígida, con la tráquea partida, todo habría sido menos doloroso. Pero así ocurrieron las cosas. La bajé y la puse en el suelo, estaba fría y de la comisura de la boca le manaba un delgado hilo de sangre. Llamé a José María y él se la llevó al veterinario porque tienen un servicio de crematorio para mascotas y porque, me dijo, había que desactivar el chip. Los veterinarios no tienen corazón y lo mismo salvan a un gato que lo sacrifican o lo incineran. Son una especie de 007 para mascotas, tienen licencia para matar.

Unas horas después José María me trajo una pequeña bolsa con sus cenizas. Aunque yo quería mucho a mi gata, me dio asquito coger con la mano la bolsa con sus restos, por lo que, cuando me la dio, arrugué la nariz y puse cara de «dónde pongo yo esto, por dios». Y claro, se me ocurrió que podía lanzar las cenizas al mar en una ceremonia íntima, pero JM me dijo que a Ryan no le gustaba el agua —tiene razón el guardia civil éste,

pensé. Y entonces decidí enterrar las cenizas en un macetero y sembrar una planta encima, pero el aguafiestas de JM, vaticinó que se me secaría y que se me moriría, como todas las plantas que he tenido, y que entonces serían dos muertos, uno encima del otro, y que eso me pondría dos veces triste. Así que lo vi claro, sembraría un cactus encima de las cenizas de Ryan Gosling, así no se secaría. Y como Ryan estaba obesa tenía cenizas de sobra, apliqué la teoría de los novietes a la horticultura y sembré tres cactus, por si alguno de ellos me fallaba. Los tres tenían muchos pinchos, no me di cuenta de que no podría acariciar los cactus cuando me acordara de ella. Hoy, a uno de los tres *gatocactus* le ha salido una flor, una flor cenicienta que es enterita a Ryan, tiene sus mismos ojos, me ha puesto muy feliz, de una felicidad tristona, ya sabéis a lo que me refiero. El otro, el más pequeño de los cactus me parece que tiene forma de felino, es un *gactus*, en cambio el tercero es más oscuro y gordo, es claramente una *acta* birmana. Con cuidado cojo a los tres entre mis brazos y parece que soy Kalesi, Damalis de la Tormenta, la madre de cactus. Luego los dejo en el alféizar y les digo, venid bonitos, pero ellos no vienen. Me hacen el mismo caso que me hacía Ryan, ninguno.

26 de agosto

Hoy es mi cumpleaños. Al tonto de JM no se le ha ocurrido otra cosa que venir a casa con el trasportín de Ryan y un gato

dentro, un gato de raza bosque noruego que ha adoptado. Al gato lo habían dejado en la consulta de su primo Joaquín, el veterinario, para sacrificarlo. Un tumor en la espalda le había paralizado las patas traseras. Dice JM que Joaquín lo ha llamado y que le ha contado el caso, me conoce, sabía que yo no podría resistirme. Han telefoneado a los dueños del gato y, con su autorización, José María lo ha adoptado. Es un gato increíblemente guapo. Este sí que es un macho, es de un color marrón oscuro, entreverado de blanco y naranja, tiene una densa melena leonina alrededor del cuello y un pelo suave y lanoso, las orejas puntiagudas y los ojos verdes, profundos, los dedos de las patas son palmeados para poder andar sobre la nieve. Dice José María que fabrican sillas de ruedas personalizadas para perros que han quedado paralizados de las patas traseras, también para gatos. Hay un tipo en Internet que empezó fabricando una para su perro y que, de tanto preguntarle y encargarle sillas cuando lo veían paseando a su perro por la calle, ha terminado dejando su trabajo y dedicándose profesionalmente a perfeccionar el diseño y venderlas. No me parece que hoy sea el día más apropiado para que José María se haya presentado aquí con ese gato bosque noruego inválido de las patas traseras y guapo a rabiar, pero es que él tiene estas cosas. Puede ser un cielo o un guardia civil. Mucho me temo que mi padre va a tener que olvidar en qué trabaja la pareja de su hija.

La verdad es que no lo tenía muy claro, pero he abierto la puerta del trasportín y he mirado al gato, no parecía triste. Si los gatos sonrían, aquel gato estaba sonriéndome. Le he preguntado a

José María que cómo se llamaba. Naitin, o algo así, ha dicho. ¿Naitin? Es sueco, no sé qué significa. Yo tampoco. ¿Y si fuera inglés? Entonces será Nineteen, 19, supongo. He sonreído, yo también, antes de tomarlo en brazos y enseñarle la casa. He de ponerme en contacto con ese tipo que fabrica las sillas de ruedas para mascotas. Siempre hay cosas que hacer y pronto se acabarán las vacaciones. Hay que empezar de nuevo.